

## **El sentido antropológico del encuentro, la hospitalidad y la amistad**

Cuando llegué a la página 129 de la obra de Gabriel Marcel sobre la explicación que aporta a su ensayo de Filosofía Concreta, no como un sistema, sino como una exploración interpersonal de su existencia, para entender la condición sobre el ser en situación hacia el OTRO, me asombré, como los niños lo hacen, en entender que la condición del viviente hace de la persona, y en este caso de mí, no sólo un ser solamente sometido a determinismos objetivamente reconocibles (títulos, nombramientos, cargos, etc), sino que, en palabras de Marcel, la persona es un ser esencialmente expuesto, o si se quiere decir, abierto a realidades distintas, con las cuales de alguna manera entra en relación. ¿Y qué es entrar en relación con los demás?

Vivir no sólo es reconocer que metafísicamente hablando, mi ser está en situación de existir y enriquecerse con aquellos determinismos que, desde el punto de vista funcional y mecanicista, la vida terrena impone, para “ser alguien”.

Paradoja necesaria, pensé, pues si bien somos desde antes, hay ciertos determinismos necesarios que adquirir para que el valor de uno, regrese a uno mismo.

Sin embargo, esa situación, la de existir, no se puede estancar en mi cuerpo, símbolo materializado de mi existencia, sino se abre para inclinarse más al mundo del otro, de la novedad, del encuentro, de la apertura, del coexistir en sociedad, no solos, o apartados, sino aliados, y en comunidad.

En general, tenemos que decir que ser viviente es estar situado no sólo en la vida y con ella, en constante devenir, sino que la vida nos permite situarnos en estar expuestos a....Y con ella, si el viviente está expuesto a diferentes situaciones, está expuesto a su vez, a influencias, lo que quiere decir que en realidad le es permeable en algún grado.

Ahora bien, cabe la posibilidad que estar dispuestos al encuentro del otro, y ser permeables a las influencias que recibimos, esté determinado por la disposición de estar expuesto y abierto. Es decir, la comunicación no necesariamente es una relación de causa efecto, emisor – lenguaje – receptor. Va más allá de un simple intercambio superficial de palabras entre los interlocutores. Puede haber mucha comunicación, pero no comunión.

Dejo ahora de lado el hecho de que para entenderme con otra persona tengo necesidad de un lenguaje que nos sea común y nos permita comprendernos. Me quiero limitar a poner aquí el acento sobre aquella disposición necesaria de apertura en el ser

que no sólo está expuesto sino abierto al intercambio para entender, efectivamente, lo que significa el encuentro de seres en clave interpersonal.

Mi existencia no puede ser únicamente reconocida desde un YO SOY, sino desde un mundo en el que ESTOY instalado, y el YO SOY, se reconoce ante el resto. La existencia entonces es un punto intermedio entre lo cerrado y lo abierto, entre el ser y el haber, y del cual mi cuerpo, aparece como un núcleo materializado. “El hecho mismo de existir, en el pleno sentido que conferimos a esta palabra cuando hablamos de nuestra vida, de la vida humana, ¿no implicaría plantearnos la pregunta, que la existencia es una especie de Atlántida metafísica, por definición inexplorable, pero cuya presencia confiere en realidad a nuestra experiencia su volumen, su valor, su misteriosa densidad? ¿Mi vida no será en el tiempo lo que mi cuerpo es en el espacio?”<sup>1</sup>

Marcel afirma, en caso particular, “que es necesario que YO pueda hacer sitio en mí de alguna manera al OTRO; si estoy enteramente absorto en mí mismo, me fijo sobre mis sensaciones, sentimientos y preocupaciones, y me será manifiestamente imposible captar o incorporarme el mensaje del OTRO. Lo que hace un momento llamaba incohesión, se presente aquí de sinónimo con la palabra indisponibilidad; llegaríamos a preguntarnos por este rodeo si no tenemos razón para admitir una analogía fundamental entre la recepción sensorial de un viviente expuesto a los ataques de su ambiente, y la indisponibilidad de una conciencia susceptible de desconfiar de los demás”.<sup>2</sup>

La apertura de nuestro ser en situación de encuentro se condiciona perfectamente con la confianza en el otro, y por ende, estoy en condición de ser disponible y permeable. Aceptar o estar dispuesto a recibir al otro en la vida, no es tampoco simplemente acoger, aunque entre acoger y recibir existe una relación de vecindad. Y recibimos a alguien en una habitación, en una casa, o por lo menos en un jardín, pero no en un bosque o en un parque.

Me quiero detener en esto, porque veo estrechamente la relación y asociación que existe entre disponibilidad, confianza, apertura, con la hospitalidad y precisamente, con la esfera misma de la amistad.

Recibir al otro de fuera en la propia casa, según Marcel, “es introducirlo en la zona cualificada que hace un instante evocaba No se trata aquí de llenar un vacío con una presencia extraña, sino de hacer participar al otro en una determinada realidad, en una determinada plenitud. Dar hospitalidad es verdaderamente comunicar a los demás algo de sí”.<sup>3</sup>

La amistad, como encuentro e intercambio interpersonal de seres, trae nociones

---

<sup>1</sup> Marcel, Gabriel. *Filosofía Concreta*. Pág 108, Ed. Madrid.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág 109

<sup>3</sup> *Ibidem*.

cargadas de estos significados, que empapa la esfera de la persona haciéndola, y moldeándola hacia el otro, no por una razón de por sí indemostrable, sino por un despliegue irrevocable, y en esto coincido con Marcel al afirmar que el amor es un misterio.

Sin embargo, el amigo tiene que ser hospitalario. El amigo que no sabe acoger al otro, no está disponible a un encuentro, no sabe ser amigo, permanece cautivo en su propio yo y desconoce, precisamente, que el encuentro es un proceso de liberación de esa tendencia desbocada a curvarse sobre sí mismo, en una autoreferencialidad que asfixia y que fácilmente se quebranta con el tiempo.

Disponible, dice Marcel, es la “aquella persona con la que siempre se puede contar, la que ha superado el carácter cerrado del tiempo y de la muerte. Al punto que el único uso totalmente legítimo que la persona puede hacer de su libertad consiste precisamente en reconocer que no se pertenece. Por eso, las relaciones humanas, no son relaciones de posesión, sino de donación, de aceptación, y de creatividad”.<sup>4</sup>

La hospitalidad empieza por el reconocimiento, por una disposición de apertura respetuosa a la realidad y de la disponibilidad hacia el prójimo. Sin disponibilidad, no hay anfitrión, dado que es un ser que no se ocupe del resto, que no acoja, es un ser para quien el otro no cuenta, pues vive cerrado en sí.

El reconocimiento que el anfitrión deberá mostrar, en este caso, el amigo que se muestra disponible al encuentro del otro, supone aceptarlo en su particularidad, en una disposición que va más allá de las simpatías, o antipatías naturales. Si te acojo, no es porque me caes simpático, sino porque reconozco en ti, una dignidad que supera mis apetencias o preferencias, y acudo al llamado del rostro que se pone delante, en su esplendor y fragilidad.

El amigo no sólo escucha, oye. Cuida y apela al bien particular del otro, generosamente. Le es responsable porque le interesa su vida, pero no le retiene. Corrige, pero no maltrata. Quiere, pero no por satisfacción ni gusto.

Aquel que no sabe salir de sí, no puede salir al encuentro del amigo que le espera. No puede comprender al amigo que sufre, o que está alegre, porque se concentra en su punto de vista. No intercambia experiencias, por el bien de ambos, sino sólo las cuenta por tener algo que decir. La amistad, es el regalo máspreciado, cuando sabemos encontrar en el otro, el rostro que nos hace olvidar de nosotros mismos.

El instalado, en cambio, a diferencia del anfitrión o el amigo que sale al encuentro, se cree autosuficiente, y verá en el otro u otros, alguien extraño que no es como él, lo verá como un invasor, y le atribuirá la culpa de todos sus males presentes. En lugar de acercarse y de buscar puntos de encuentro, agrandará las distancias,

---

<sup>4</sup> Ibidem, pag 110

prolongará silencios, y rumiará interna y externamente sus prejuicios. El individuo no hace más que pensar en para sí mismo y en defecto, el huésped es un estorbo, una carga, un extraño.

El individualismo, ensombrece e impide la esfera de una amistad fundada en la gratitud y generosidad, y acentúa la posición de acreedor. Por el contrario, el abono adecuado al descubrimiento del otro como persona puesta a mi cuidado pasa por una actitud de gratitud ante la vida

Las calidad del buen hospitalario, y al final del buen amigo que sabe acoger a su prójimo, lleva consigo el esfuerzo por estar continuamente ensanchando el corazón y la cabeza, para que todos y cada uno que me circunda, encuentre en mí, siempre palabras de ánimo, miradas de aprecio, y brazos que auxilien.

Se trata de entender que la persona es más grande que sus aciertos o sus errores y por eso hemos de estar dispuestos a desinstalarnos, a desprendernos de nuestros particulares puntos de vista, de los rinconcitos egocéntricos que no hacen más que incrementar la comodidad material y anímica.

Si no fueran así las relaciones personalísimas, no como un mero ideal romántico inalcanzable, sino como exigencia verdadera de felicidad terrena hoy, ahora; y de hecho, no escribiría aquello si no tendría garantía alguna que, en la amistad de mi mejor amiga, encontraré lugar seguro donde ir y donde ser abrazado.

Lima, 21 de enero de 2005